



Bienvenida a Justo Arroyo¹

POR MARGARITA VÁSQUEZ QUIRÓS

Miembro de número de la Academia Panameña de la Lengua

La Academia Panameña de la Lengua se honra al recibir hoy como académico de número al laureado escritor D. Justo Arroyo. Al ocupar la silla H en esta noble institución, Arroyo asume el patrocinio de D. Demetrio Fábrega Arosemena, D. Héctor Conte Bermúdez y D. Ricardo J. Bermúdez, quienes la ocuparon en el siglo XX.

Así, escoltado de esta manera, aquí y ahora, renueva su disposición y nuestra decisión de mantenernos, como academia, ocupados en el estudio de la lengua española y la literatura, y en la creación; y, a la vez, asaltados todos de preocupaciones por la problemática en la que se desenvuelve la vida en Panamá.

Debo añadir que, prevenido desde su juventud por la mundana y fina prosa de Roque Javier Laurenza, por la intensidad y ardor tropical de Rogelio Sinán y por el penetrante y eterno cuestionamiento vital de José de Jesús Martínez, maduró saboreando los frutos del acontecer literario en Panamá. Laurenza, Sinán y Martínez encarnan la forma, la pasión y el pensamiento que le dieron su señal de partida como escritor a Justo Arroyo. Hoy los menciono como homenaje que el mismo Arroyo instituye. Desde las páginas de la columna «Aires del

¹ Discurso de bienvenida a D. Justo Arroyo como miembro de número de la Academia Panameña de la Lengua. Panamá, 20 de febrero de 2014.

mundo», publicada cada domingo por Roque Javier Laurenza, y bajo la incansable lluvia y el calor caribeños (hay que pensar en las lecturas de un adolescente del colegio Abel Bravo, nacido en Portobelo, Colón, en 1936, cuya urgencia de formarse como escritor conmueve), el joven Arroyo abrió los ojos allí mismo a la literatura en los alrededores del cincuentenario de la República de Panamá, e inició su estudio e indagación sobre la herencia que le había sido encomendada —según intuía—, que atesoró desde entonces y que le ha dado motivos a una vida entregada sin cuartel a las letras.

Egresado en 1958 de la licenciatura y profesorado en Español que ofrecía la Universidad de Panamá en el entonces nuevo campus universitario de la Transístmica, sus competencias lingüísticas, como decimos hoy, le pronosticaban una carrera que iría más allá de la docencia: *Justo, serás muy buen escritor*, pronunciaba el Dr. Ismael García Stevenson, quien dejaba constancia de que no quería para su discípulo la espinosa vida de un profesor común, y tal vez vislumbraba para él otra tarea que se relacionara con la escritura.

Sin embargo, en aquellos momentos, el joven escritor debía trabajar. Arroyo fue profesor en Bocas del Toro y en las escuelas latinoamericanas de la Zona del Canal antes de matricularse en la Universidad Autónoma de México en donde continuó estudios de maestría en 1964 y, finalmente, el doctorado en Literatura en 1970. Este fogueo en la enseñanza y en la lectura literaria trascendió al campo de la comprobación novelística como asunto y fin de autorreconocimiento como

panameño en su tercera novela *Dejando atrás al hombre de celofán*,² ganadora del premio Ricardo Miró en 1970, que fue publicada por la editorial Mariano Arosemena en 1973.

El traductor

En la UNAM, Arroyo también se recibió como traductor trilingüe (español, inglés y francés), oficio que confirmó apenas llegado a Panamá, como traductor público autorizado de la lengua inglesa.

El maestro

Si había comenzado como profesor en la escuela secundaria en Bocas del Toro y continuado en los colegios latinoamericanos de la Zona del Canal de Panamá, en 1970, cuando publicaba *Dedos*, fue profesor de Literatura Española Contemporánea en la UNAM. Esta función, en la que se había formado desde su licenciatura, la cumplió en la Universidad de Panamá, la Universidad Santa María la Antigua, la Universidad Latina, la Universidad del Istmo, la Universidad de Texas y la Universidad de la Florida.

Sus tres primeras novelas

Años antes, en 1966, Arroyo había publicado *La gayola*,³ que fue ganadora de los Juegos Florales de Guatemala; y, en 1970, *Dedos*,⁴ en México, en la Colección Grandes Escritores Latinoamericanos.

² ARROYO, Justo (1973). *Dejando atrás al hombre de celofán* [premio Ricardo Miró 1971]. Panamá: Mariano Arosemena.

³ Arroyo, Justo (1966). *La gayola* [premio Juegos Florales de Guatemala]. Panamá: Cervantes.

⁴ ARROYO, Justo (1971). *Dedos*. Panamá: Navarro.

La primera edición de *La gayola* incluye un prólogo firmado por Chuchú Martínez, filósofo, matemático y escritor de alta escuela y hombre poco común, quien dice y no dice en su escrito cómo se movilizan las fuerzas ficcionales dentro de esta obra, sobre la que escribe:

Es una verdadera apologética de la vida sin sentido, del amor a las cosas. Porque es el amor a las cosas lo que nos impide tenerlas como signos o letreros mediante los cuales orientar la vida.⁵

Y más adelante destaca que este escrito confirma:

...ese absoluto desprecio por el significado que le roba realidad a las cosas convirtiéndolas en meros letreros que señalan curvas, valores occidentales de la cultura y puertas de excusado.⁶

Finalmente, la clasifica así:

Es una novela tan rica como el lector que la lea, y dentro de la mejor tradición de Proust, Joyce, Kafka y Cortázar.⁷

Estas afirmaciones de Chuchú Martínez en 1966 (por favor, obsérvese la fecha con respecto a lo que acontecía en Panamá en aquellos años)⁸ vinculan la publicación de *La gayola* con la aparición de la segunda edición en 1965 de *El pozo* (1939),

⁵ MARTÍNEZ, José de Jesús (1966). «Prólogo» en ARROYO, Justo. *La gayola* [premio Juegos Florales de Guatemala]. Panamá: Cervantes.

⁶ *Ibidem*.

⁷ *Ibidem*.

⁸ En 1964 y años subsiguientes: sucesos del 9 de enero relacionados con la negativa norteamericana de cumplir lo pactado entre Panamá y los Estados Unidos con respecto a la izada de la bandera panameña a la par de la norteamericana en la Zona del Canal. Panamá muestra que puede romper relaciones con los Estados Unidos. Desde un punto de vista superficial, hay una necesidad de ver ondear la bandera panameña en todo el istmo; desde un punto de vista profundo, angustia, desazón, impotencia, incomunicación: la literatura panameña delata estos sentimientos.

de Juan Carlos Onetti. Historiadores y críticos literarios, particularmente Carlos Fuentes y Mario Vargas Llosa, advirtieron por aquellos años que la segunda edición de la obra de Onetti, mejor conocida que la primera edición, estrenaba *La nueva novela hispanoamericana* de reacción contra la modernidad banal que maquilla la persistencia de la pobreza y la expoliación en la realidad latinoamericana, según consideraron⁹. Estas dos primeras novelas de Arroyo (*La gayola* y *Dedos*) extienden la mirada oblicuamente sobre la realidad, como lo había hecho en 1954 *El desván*,¹⁰ de Ramón H. Jurado: hablan de la incomunicación humana y deambulan alrededor de formas literarias que no se sabe bien cuándo y cómo cambian de valor. Según Chuchú Martínez, la meditación en *La gayola* “merodea en torno a la clásica cuestión: ¿Qué es? ¿Novela? ¿Cuento? ¿Narración? ¿Dónde ponerla en el estante de los libros? Y, sobre todo, ¿con qué metro medirla?”.¹¹ Eso mismo pasó con *El desván*.

Dieciocho años después, *Dejando atrás al hombre celofán* (1971) retomó la discusión acerca de la forma de la novela desde otro punto de vista, que incluye las intervenciones y funciones intra y extradiegéticas del autor, en un homenaje tácito a *Plenilunio* (1943),¹² de Rogelio Sinán. En las primeras seis líneas de la obra de Arroyo que comento, el escritor-narrador (dentro

⁹ RUFENELLI, Jorge (1995). «Después de la ruptura: la ficción» en PIZARRO, Ana (organizadora). *América Latina. Palabra, Literatura e Cultura*. Volumen 3. Vanguarda e Modernidade. São Paulo: Fundação Memorial da América Latina. Memorial Editora da Unicamp.

¹⁰ JURADO, Ramón H. (1954). *El desván*. Panamá: La Tribuna [73 páginas].

¹¹ MARTÍNEZ, José de Jesús (1966). «Prólogo» en ARROYO, Justo. *La gayola* [premio Juegos Florales de Guatemala]. Panamá: Cervantes.

¹² Sinán, Rogelio (1947). *Plenilunio*. Panamá: Imprenta de la Academia.

de un apartado titulado «Parabasis») conversa con Gina- personaje, y se refiere veladamente a la independencia de la función escritural, y también a la de los personajes que andan, dentro de su mundo críptico, en busca de un autor:

—Gina: Primero que nada, déjame decirte que debes leer *como si no me conocieras*.

—Eso es imposible; dáselo a otra.

—Esta no es hora para explicarte las diferencias entre narrador, escritor, personaje y autor...¹³

(Como sabemos, *Plenilunio* comienza con un diálogo sobre este tema entre la lectora-personaje y el escritor-narrador).

En la novela de Arroyo todo el asunto comienza con una conversación entre amantes sobre la novela de la que somos lectores, *Dejando atrás el hombre de celofán*, que tiene Gina en el regazo, y me parece que, entre una cosa y otra, las palabras del escritor-amante: *Léeme como si no me conocieras* se refieren a la función social del escritor,¹⁴ sobre la que Rodrigo Miró ya había dado su propia opinión en 1949 en su obra *El cuento en Panamá*.¹⁵ Me planteo esta posibilidad al observar el epígrafe de la novela de Arroyo, tomado del ensayo «Literatura en la revolución y revolución en la literatura», de Julio Cortázar, que bendice y confirma al escritor que interpreta el mundo según su particular concepción:

...solo que ahora se trata de entender la realidad como la entiende y la vive el creador de esas ficciones, es decir, como algo que por muchos lados y muchas dimensiones puede rebasar el contexto sociocultural, sin por eso darle la espalda o menospreciarlo.¹⁶

¹³ ARROYO, Justo (1973). *Dejando atrás al hombre de celofán* [premio Ricardo Miró 1971]. Panamá: Mariano Arosemena.

¹⁴ *Ibidem*.

¹⁵ MIRÓ, Rodrigo 1950 (1996). *El cuento en Panamá. Estudio, selección y bibliografía*. Panamá: Universitaria.

¹⁶ ARROYO, Justo (1973). Obra citada.

Ariel Barría Alvarado se preguntaba tiempo después (negando lo que pregunta), en un escrito suyo sobre *Vida que olvida*, escrita por Arroyo pasados treinta años: «¿Pueden entonces el hombre y la mujer de letras dedicarse a la literatura e ir de espaldas al mundo al mismo tiempo?».¹⁷

Veamos qué le dice la tercera novela de Arroyo al investigador que rastrea la identidad cultural de los panameños en la estructura, el pensamiento y el lenguaje, sin menospreciar la función del autor. En su trabajo «Rasgos de identidad y novelas panameñas: 1972-1998», escrito en La Habana y firmado el 29 de junio de 1999, el Dr. Rogelio Rodríguez Coronel explica lo siguiente:

El tema [...] es precisamente la reafirmación de los valores identitarios. Narra la historia de un maestro de escuela, desde su iniciación en la «isla»¹⁸ (verdadero laboratorio donde confluyen distintos caracteres e intereses), hasta su trabajo en una escuela de «zonians» —negros y «latinoamericanos»— en Colón, experiencia en la que alcanza su definición mayor. Por esta vía el rastreo identitario ocurre en otros espacios que diseñan las partes de la novela: el primero, la isla, resume las contradicciones del país interior: capital vs. provincia, discurso político vs. realidad, educación vs. estatus económico, integración racial vs. xenofobia, la doble moral sexual, etc.; el segundo, la escuela en la Zona, denuncia la ocupación norteamericana, la marginación y explotación que padece el panameño —soportada por las peores condiciones de existencia fuera de esos dominios coloniales—, la frecuente compra de su conciencia, pero también los rasgos de honestidad y el desprecio profundo por la hipocresía que allí se incubaba. La unidad argumental se garantiza por las peripecias de la vida del narrador-personaje, sobre todo de sus avatares amorosos. La diferencia que existe entre estas dos partes —desde el punto de vista identitario— radica en la calidad de las contradicciones. Mientras que en la primera es

¹⁷ BARRÍA ALVARADO, Ariel. «Sobre temas y siglos nuevos» en *Página oficial del escritor Justo Arroyo*. Consultada el 10 de enero de 2014.

¹⁸ Es la isla de Bocas del Toro, en Panamá.

posible una conciliación, porque está en manos de los propios panameños, en la segunda la superación de las contradicciones resulta prácticamente imposible porque están enfrentándose mundos opuestos desde el punto de vista cultural, ético y político, y a las formas de dominación solo es posible imponer la liberación. Arroyo propone dejar atrás al «hombre de celofán», enajenado por las «fuerzas oscuras», internas o externas, de que hablara Sinán¹⁹ e ir al encuentro de una posible autenticidad individual en armonía con lo social.²⁰

Finalizadas las palabras de Rodríguez Coronel, vale la pena destacar que el personaje que logra la anagnórisis del «hombre de celofán» es una mujer, mejor aún, una maestra, Gina (la misma que encontramos en las primeras páginas leyendo el libro que leemos), que destapa las contradicciones planteadas por la discriminación racial en las escuelas latinoamericanas en la Zona. Por invitación de su amante (el profesor-escritor) habla a profesores y alumnos sobre las reivindicaciones de la mujer, en una de estas escuelas ubicada en Colón en la que trabaja él. Al presentarse, Gina contorsiona no solamente el modo en que gesticula, sino que llega vestida como no se espera que, vista una maestra, aunque muy al gusto de las mujeres liberadas de finales del siglo XX. Logra un estallido de aceptación de los estudiantes tras su discurso. Los alumnos gritan: *Sí, liberar al negro, ¡black power!* Mientras tanto, la maestra Gina, que luce «el más terrífico afro que ojos humanos vieron», levanta las dos manos y las cierra en puños. Ella ha dicho:

Si queremos hablar de libertad de la mujer [...] primero tenemos que hacer algo por el hombre. Donde quiera que se encuentre. Aquí en este territorio panameño llamado Zona del

¹⁹ SINÁN, Rogelio (1957). «Rutas de la novela panameña» en *Letras Panameñas*, año I, n.º 1, diciembre.

²⁰ RODRÍGUEZ CORONEL, Rogelio y Margarita Vásquez (2007). *Doce ensayos de la literatura en Panamá*. Panamá: Universitaria.

Canal y allá en las ciudades y campos. Es el hombre el que necesita liberación: liberación de sus ideas de rapiña que tienen al mundo como está; liberación para que no venda a su patria, a su familia por un plato de lentejas. Que se libere el yanqui, para que se dé cuenta que el imperialismo no resulta ya; que se libere el negro, para que sienta que su color es tan bello como cualquiera; que se libere al amarillo, para que lo dejen tranquilo en Vietnam; que se libere el indio, para que no lo tengan como bestia de carga. Esa debe ser la tarea de la mujer: liberar al hombre. Y cuando esto ocurra, hablaremos entonces de cooperación.²¹

Este discurso de Gina, que le costó el puesto a su amigo, sirve al lector para calibrar cuánto hemos logrado hoy en el intento de dejar atrás al «hombre de celofán».

Sus novelas y los lectores

El trabajo literario de Arroyo continuó por un camino de autorreconocimiento marcado por los siguientes títulos novelescos, ganadores, en su mayoría, del premio Miró: *El pez y el segundo* (1978), *Geografía de mujer* (1982), *Semana sin viernes* (1995), *Lucio Dante resucita* (1997, 2007), *Sin principio ni fin* (1999), *Vida que olvida* (2002) y *Otra luz* (2007).²²

²¹ RODRÍGUEZ CORONEL, Rogelio y Margarita Vásquez (2007). *Doce ensayos de la literatura en Panamá*. Panamá: Universitaria.

²² **Novelas de Justo Arroyo**

- *El pez y el segundo* (Colección Séptimo día 1979). San José: Educa.
- *Geografía de mujer* (1982). Panamá: Encuentro.
- *Semana sin viernes* (premio Ricardo Miró 1995) Panamá: Mariano Arosemena.
- *Lucio Dante resucita* (premio Ricardo Miró 1997). Panamá: Mariano Arosemena. | (2007). Panamá: Norma.
- *Sin principio ni fin* (premio Ricardo Miró 1999). Panamá: Mariano Arosemena.
- *Vida que olvida*. (2002): Panamá: Alfaguara.
- *Otra luz* (premio Ricardo Miró 2007). Panamá: Mariano Arosemena.

Sobre estas novelas y sobre sus cuentos existen valiosos comentarios y crítica en artículos y menciones de los panameños Rodrigo Miró, Luis Oscar Miranda, Isabel Barragán de Turner, Porfirio Sánchez Fuentes, José Carr, Ariel Barría Alvarado, James Aparicio, Errol Caballero, Ricardo Arturo Ríos Torres, Jaime García Saucedo, Robert Allen Goodrich, Enrique Jaramillo Levi, Itzel Velásquez, Aristides Royo Sánchez, María Mercedes de Corró, Rey Barría, Sonia Elhers y Yolanda de Crespo. Seguramente hay otros. Encontramos comentarios, apreciaciones, entrevistas de Julio Escoto y Jacinta Escudos (salvadoreños), Benedicto Víquez Guzmán y Alfonso Chase (costarricenses), Werner Mackenbach (alemán-costarricense), Mempo Giardinelli (argentino), Miguel Donoso Pareja (ecuatoriano) y Juan Jesús Armas Marcelo (español). Los estudiantes-lectores panameños también han dejado sus impresiones en la web. En el libro *Contrapunto. Doce ensayos sobre la literatura en Panamá*, de Rogelio Rodríguez Coronel (cubano-panameño) y quien les habla, se encuentran acercamientos a la obra literaria de Arroyo.

El título de esta novela sugiere: Dios no tiene ni principio ni fin, tampoco la nada. Por lo mismo, ordenar los asuntos terrenales y celestiales a la hora de la muerte es imposible, porque no existen ni el principio ni el fin. Esta contradicción (que parece negar las casualidades y los pretextos) enmarca la novela, aunque no es de actitudes existenciales de lo que se habla (aunque no dejan de ser preocupaciones), sino de una manera de darle una mirada oblicua a los hechos históricos relacionados con la vida y la muerte de Victoriano Lorenzo.

En cuarentaiocho horas será ejecutado Constantino Aguilar, cuenta esta novela. Camino de la celda, el personaje se repite internamente esta pregunta: ¿en qué se piensa a la hora de morir? La narración se mueve desde el presente hacia el pasado cada vez que se abre un capítulo. Y en ese ir y venir hay un discurso narrativo que se apoya en la reflexión a partir del cuestionamiento que lleva implícitos otros textos históricos y literarios. Una solapada referencia a la etapa colonial americana y al presente de la escritura de la novela (1999) reafirma lo que niega: que hay pretextos, causas, que hay una historia, que los instantes no están tan desarticulados como parecen.

Los nombres de gentes y lugares son pura ficción, ya que no corresponden ni a las personas ni a los campos frecuentados por Victoriano, el personaje histórico. Sin embargo, hay otras circunstancias que van convirtiendo a Constantino Aguilar en el álter ego de Victoriano: si este fue educado por el padre Jiménez, el padre Esteban fue el maestro de Constantino quien, como los primeros misioneros, reconoce la naturaleza inteligente (aunque naturalmente cautelosa) de todos los indígenas. Ambos, Victoriano y Constantino, entran en serio en la guerra civil entre liberales y conservadores a instancias de su gente, porque su caserío fue destruido por los conservadores. Sus guerras no eran las de las batallas formales y organizadas, sino el ataque de improviso. Ambos son acusados de actos de barbarie, y fusilados.

¿Están incorporados en el mismo nivel los indios y los cholos —o no lo están? Hoy, no. La verdad es que no existe entre los panameños actualmente otra gente tan sometida históricamente al abandono como los indígenas, grupo al que

pertenece Constantino. Los cholos coclesanos han ido integrándose, mal que bien y paulatinamente, al resto de la sociedad, gracias a los maestros; también a los caminos de penetración, la radio, el telégrafo, la televisión, que han cambiado, para bien o para mal, por lo menos, su modo de vivir. Incluso Victoriano Lorenzo va saliendo de los extrarradios históricos en los que originalmente estuvo aislado.

Asunto distinto es el indígena, quien, aún hoy, permanece separado del resto de la sociedad en sus reservas, sin médicos, con maestros que ignoran sus valiosas lenguas naturales, condenadas a la extinción. Como si todo esto fuera poco, ellos están sometidos a la presión de los colonos, campesinos de otras regiones que llegan a talar el bosque para hacer potreros, reduciéndoles su espacio. Como puede verse, la comparación de Victoriano y su áter ego lanzan al lector fuera de los textos, a la realidad.

Sin principio ni fin permite visualizar que Victoriano cruzó la línea marginal de la historiografía oficial, y que quien está ahora del otro lado, en los extrarradios de la historiografía, es Constantino, el indio, el de ojo de águila, con su silencio ancestral, sus dientes blancos y su mirada inteligente. En él, en el áter ego de Victoriano, continúan las marginaciones de las que trata el libro: no tienen ni principio ni fin.

Sobre sus cuentos

Es imposible intentar un perfil del escritor Arroyo sin referirse a sus cuentos. En 1972, obtuvo el premio Ricardo Miró

con la obra *Capricornio en gris*.²³ El jurado reconoció como tema del libro el fracaso de la experiencia amorosa, y calificó positivamente la elaboración de las anécdotas y de la atmósfera, el humor, el manejo de la palabra y el ritmo narrativo. Los numerosos epígrafes aluden a las tendencias literarias de la época (Marsé, Mailer, Goytisolo, Onetti, Cortázar, Fuentes, Sábato, García Márquez y Virginia Wolf). Asimismo, se actualizan el jazz, el cine, la cotidianidad.

En general, la lista de libros de cuento de Arroyo es la siguiente: *Capricornio en gris* (1973), *Rostros como manchas* (1991), *Para terminar diciembre* (1994-1995), *Héroes a medio tiempo* (1997-1998), *Cuentos de Eduardo* (2000) y *Réquiem por un duende* (2002).²⁴

Si en los primeros cuentos y en la novela hubo algún individuo observador e intérprete del mundo, a medida que crece el tiempo este individuo toma la decisión de actuar y se transforma en militante. Así, si el lector agonizaba en los primeros cuentos con un sujeto-personaje que se negaba a sí mismo y se dispersaba en lo cotidiano, en los siguientes se le ofrece (al lector) un espacio de luz, de oxígeno, en el que surge

²³ Arroyo, Justo (1973) *Capricornio en gris* [premio Miró de cuento 1972]. Panamá: Mariano Arosemena.

²⁴ **Cuentos de Justo Arroyo**

- *Rostros como manchas* [premio Miró 1991]. Panamá: Mariano Arosemena.
- *Para terminar diciembre* [Premio Miró 1994]. Panamá: Mariano Arosemena.
- *Héroes a medio tiempo* [premio Sinán 1997-1998]. Panamá: Tecnológica.
- *Cuentos de Eduardo* [premio César Candanedo 2000]. Sin descripción.
- *Réquiem por un duende* (premio Ricardo Miró 2002). Panamá: Mariano Arosemena.

de pronto un fogonazo porque se cuestionan con humor, con ironía, sin prevenciones ni escrúpulos la falta de integridad, de honradez, de virtud, de valor, de humanidad. Hay detrás de la invención una advertencia, un codazo, una conversión para hacer pensar al lector. Por eso, hago más las consideraciones de Mempo Giardinelli, quien encuentra en *Héroes a medio tiempo* “un cuestionamiento feroz, brillante, *inlaudicable*, a la doble moralidad de nuestro tiempo”.²⁵

En «El cuento en Panamá (1950-2001). Abundancia de peces», ensayo del 2003, decía entre otras cosas:

«La pregunta», del libro *Héroes a medio tiempo* (1998), ganador del concurso Rogelio Sinán, me recuerda a Maruelo, personaje del cuento «Revelación», de *Capricornio en gris*. El hombre medio, el común, está metido en la ciudad, atrapado en las cercanías de su oficina por el tránsito infernal. Es hora de almorzar. El restaurante al que llega el viejo “de pupilas quemantes” está lleno de ese público-masa sin identidad personal o sexual. Ese público paga por lo que le den, sin atreverse a decir nada, porque ha perdido su capacidad para protestar. Ante la actitud de «el viejo», quien manifiesta rudamente su inconformismo e indignación, se perfila la sonrisa del lector. El viejo es el único que protesta firmemente ante la red de poder y control económico que lo rodea a todos en el restaurante, de modo que claramente se dice que es un tipo humano en vías de extinción. Lo que plantea el cuento es mucho más serio de lo que parece: somos una sociedad inerte que lo soportará todo cuando «el viejo» (que ha obligado a quienes lo rodean a reconocer su existencia) ya no esté. El individuo alienado, que es Maruelo, el de «Revelación», se ha multiplicado en una sociedad que no busca salidas a los conflictos. Es en este sentido que ubico sus antecedentes en la corriente

²⁵ GIARDINELLI, Mempo (1998). «Prólogo: **Los nuevos cuentos de Justo Arroyo**» en ARROYO, Justo (1997-1998). *Héroes a medio tiempo*. Panamá: Tecnológica [páginas IX-XII].

existencialista que iniciara Jurado, con la agudización de una conciencia ética y estética.²⁶

En el último número de *Panorama de las Américas*, revista oficial de Copa Airlines, el cuento publicado es de Justo Arroyo, y se titula «La Fila».²⁷ Pertenece al libro *Rostros como manchas*, ganador del Miró en 1990. Está en español y traducido al inglés.

Este cuento sigue la misma línea del héroe de «La pregunta»: vemos lo que hace y sabemos lo que piensa la señora Lucrecia de Martínez-Borja como preparación para iniciar su trabajo diario de cobro en una oficina, sin importarle que frente a ella se forme, crezca y se inquiete una fila de gente, como un gusano. Y ella piensa... y el guardia de seguridad piensa. El narrador concluye refiriéndose a lo que piensan estos dos que tienen el poder:

Porque la fila es la paz, el cheque quincenal y la educación de los hijos. La fila es la televisión, el carro japonés y las vacaciones a Disney World. La fila son los tres golpes diarios, es la nación misma. La vida y la muerte. Y ni él ni la señora de Martínez-Borja perdonan al vivo que intente pasarse a alguien en la fila.

El cuento tiene un magnífico final inesperado. Copa da a conocer por el mundo, de esta manera, la naturaleza, la historia, la idiosincrasia, las dificultades, las injusticias de la gente común por tierras americanas.

Su única biografía novelada

En 1996, Justo Arroyo escribió una biografía novelada, *Corazón de águila*, sobre el prócer de la aviación panameña Marco

²⁶ RODRÍGUEZ CORONEL, Rogelio y Margarita Vásquez (2007). *Doce ensayos de la literatura en Panamá*. Panamá: Universitaria [página 54].

²⁷ ARROYO, Justo (1990). «La Fila» en *Rostros como manchas*. Panamá: mariano Arosemena. Consultado en *Panorama de las Américas*, revista oficial de Copa Airlines, enero 2014. En español e inglés.

Antonio Gelabert.²⁸ No temo asegurar que, si se encontrara en las librerías, sería una lectura que los jóvenes agradecerían, porque combina la elegancia y contemporaneidad de la prosa con la amenidad de nuestra historia, reconocida como interesante, atractiva y digna de ser estudiada, particularmente en áreas tan poco visitadas como la aviación (cuando, precisamente, hablamos de Copa, que es, además, uno de nuestros más socorridos recursos económicos y campos de trabajo).

Infatigable trabajador de la cultura

En 1972-1989, Justo Arroyo ocupó los cargos de jefe del Departamento de Letras del Instituto Nacional de Cultura y director de Extensión Cultural (hoy Bellas Artes) del Instituto Nacional de Cultura, entidad fundada bajo la dirección de D. Jaime Íngram Jaén. Fue un período muy fructífero en todas las áreas de la cultura. A mí me ha intrigado siempre que fueron recuperadas obras (poesía y cuento) que tal vez se hubieran perdido, desperdigadas como estaban en las páginas de revistas y periódicos. La costumbre había sido la de publicar (a veces con notable tardanza) los premios del Miró. Si no hubiera alguien tomado la batuta para recoger el tesoro de nuestra literatura, las obras publicadas por el INAC en la Colección Múltiple, de muy cuidadosa, aunque no costosa publicación, tal vez, hubieran permanecido en los cajones de algún escritorio, por ausencia de políticas de publicación sabias y permanentes sobre nuestra literatura. Entre estas obras, fueron publicados los cuentos de Ramón H. Jurado *Un tiempo y todos los tiempos*

²⁸ ARROYO, Justo (1996). *Corazón de águila*. Panamá: La Boina Roja.

(1975); y de Manuel Ferrer Valdés *La muerte de la ópera en la selva* (1975); *Carta a Blanca Nieves* (1976), de César Young Núñez; *La Mecedora* (1976), de Enrique Chueza; *Elegías del cuerpo* (1977), de Milvia Arbaiza; *Libro de las fábulas* (1977), de Bertalicia Peralta; de Bessy Reyna, *Ab ovo* (1976); de José de Jesús Martínez, *La guerra del banano* (1976) y *Libro para rodar* (1975); y, de Gil Blas Tejeira, *Cuatro cuentos inéditos* (1977), entre otros. Habría que rehacer completa la lista de libros publicados por el INAC en esta colección. Puedo asegurar que fue una época de oro del Instituto Nacional de Cultura.

Finalizadas aquellas obligaciones en el INAC, en 1996 fue nombrado editor de la importantísima revista cultural *Lotería*, en donde realizó una alta labor preocupada por el devenir de la cultura panameña.

Escritor de América

El escritor Justo Arroyo es un escritor de América. En 1980 participó como jurado del Premio Casa de las Américas, sección Cuento, en La Habana, Cuba. En 1997, recibió un doctorado honoris causa en la Universidad Simón Bolívar de Barranquilla, Colombia, y ha sido delegado de Panamá en congresos culturales en América, Europa, Asia y África.

Final

Al dar la bienvenida al Dr. Justo Arroyo, he querido hacer un perfil de su obra, de la que se desprende un hombre de excepción. No sé si lo he logrado, por lo tanto, enfatizo: hombre y obra ratifican la decisión de la Academia Panameña de la Lengua de nombrarlo académico de número. Para mí ha sido un honor recibirlo.